

La idea de lo “orgánico” en la Escritura (6)

Prof. Hanko

Las Sagradas Escrituras tratan con frecuencia de toda la raza humana como una parte distinta de una unidad orgánica. Algunos ejemplos de esta unidad orgánica pueden encontrarse fácilmente.

La raza humana es una unidad orgánica con Adán a la cabeza, ya que toda la raza humana es culpable del pecado de Adán (Ro. 5:12). La ley asumió específicamente la unidad orgánica de la familia cuando, en el segundo mandamiento, Dios dijo que Él visita la iniquidad de los padres sobre los hijos (Dt. 5:8-10). Los ejércitos de Israel fueron derrotados contundentemente por un pequeño grupo de soldados de Hai, porque en el pecado de Acán toda la nación se había hecho culpable, aunque, con toda probabilidad, ni siquiera sabían de su transgresión (Jos. 7). El pecado de un hombre, David, trajo el juicio de Dios sobre Israel (II S. 24; I Cr. 21).

Este organismo de la nación es el objeto de la ira de Dios cuando algunos en el organismo pecan y el objeto de la bendición de Dios cuando algunos viven en obediencia a Él. En los tiempos en que los reyes buenos se sentaban en el trono de Israel, Dios bendecía ricamente la tierra, aunque había muchos malvados, algo evidente por las rebeliones de Absalón y Adonías.

Cuando reyes malvados se sentaron en el trono de Israel, Dios trajo hambre y destrucción de naciones enemigas; aunque en los terribles días de Acab, había siete mil que no habían doblado la rodilla ante Baal (I Reyes 19:18). Los impíos recibían exteriormente las cosas buenas que Jehová enviaba sobre la tierra cuando gobernaban los justos, y el pueblo de Dios sufría terriblemente cuando la sequía y las enfermedades destruían las cosechas en los días de apostasía. Dios trata orgánicamente con las naciones.

En el Salmo 80, la nación de Israel, elegidos y réprobos por igual, es representada como una vid que Dios sacó de Egipto y bendijo ricamente. Pero cuando pecaron, los malvados trajeron la destrucción sobre toda la nación, un juicio lamentado por el salmista.

En el Nuevo Testamento, la nación de Israel vuelve a ser comparada con una vid en Juan 15. Cristo es la vid; Dios es la vid. Cristo es la vid; Dios es el labrador. Toda la nación constituye los sarmientos. Los sarmientos que no permanecen en Cristo son cortados, mientras que los sarmientos que permanecen en Él dan más fruto porque los sarmientos sin fruto son podados.

Esta figura se retoma en Romanos 11:16-24. Pablo habla allí de la nación de Israel. Pablo habla allí de la nación de Israel como un “buen” olivo. Con la exaltación de Cristo, Dios injerta ramas de un olivo “silvestre” para que estas ramas den fruto. Son los gentiles, nacidos en un olivo silvestre pero injertados en el buen olivo.

Si se me permite desviarme del punto principal por un momento, el olivo “natural”, la nación de Israel, es *natural* porque Cristo es el principio de su vida. Israel llevó a Cristo en su interior desde el principio de su existencia. Esta gran verdad era la esperanza y la bendición del Israel creyente, y explica por qué las madres de Israel deseaban desesperadamente tener hijos, pues así participaban en la venida de la simiente prometida. Compárese la oración de Ana (I S. 2:1-10) con la alabanza similar de María (Lc. 1:46-55).

Volviendo a la idea principal: Los gentiles pueden ser, y son, injertados en el buen olivo del que la mayoría de sus ramas naturales fueron cortadas; mientras que los judíos creyentes a lo largo de toda la nueva dispensación pueden ser reimplantados en su “propio” olivo, mientras que las ramas gentiles, una vez injertadas en el olivo, pueden ser cortadas si se niegan a creer. La verdad importante aquí es que las ramas no son individuos sino generaciones.

Por ejemplo, los judíos están presentes en la iglesia de la nueva dispensación a lo largo de la historia, si creen en Cristo. Pero una vez que una “rama” de gentiles cae, se pierden en sus generaciones. Dios no vuelve a Su obra una vez que aquellos que fueron objeto de Su gracia han abandonado la verdad en sus generaciones.

Norteamérica y Europa una vez tuvieron el evangelio como continentes. En estos tiempos modernos, en la mayoría de su gente y sus líderes, ambos han abandonado el evangelio y ahora están en el proceso de rechazar deliberadamente toda la ley de Dios al aprobar los pecados más abominables. Dios está quitando Su Palabra en estos continentes, porque la tenían y la rechazaron. Él está quitando el evangelio a medida que la iglesia apóstata trabaja más y más con los malvados gobiernos civiles, mientras que el número de los fieles se hace más y más pequeño, hasta que al final son sólo un remanente disperso.

Por eso, en nuestros días, en general, Dios está quitando Su evangelio de América y Europa, y se está moviendo especialmente al Oriente para reunir Su iglesia allí.

Mi esposa y yo tenemos una hija y un yerno trabajando en las Filipinas. Los gritos vienen de tantos lugares que él y sus compañeros misioneros no pueden responder a todos: “Vengan y enséñennos la fe reformada.” ¿Pueden imaginarse a huestes de personas en América clamando así a las Iglesias Protestantes Reformadas o a la CPRC en Irlanda del Norte recibiendo tantas llamadas de grupos de personas en las Islas Británicas que ruegan que se les enseñe la pura verdad reformada de las Escrituras?

Como hemos dicho, el organismo final del propósito de Dios, realizado al final de los tiempos, tiene como cabeza a Cristo, que es el segundo Adán. Las Escrituras enseñan que el nuevo organismo tiene a nuestro Señor Jesús, exaltado en lo alto de los cielos, como soberano de todo (por ejemplo, Col. 1:13-20; I Co. 15:24-28). Bajo Él, así como todo el género humano estuvo una vez bajo Adán, están todos los elegidos, que son su cuerpo. A este organismo pertenece todo el mundo de los ángeles elegidos, que están bajo la iglesia elegida y redimida como “espíritus servidores” (Heb. 1:14).

Los cielos nuevos y la tierra nueva serán liberados de la maldición, transformados por el sacrificio expiatorio de Cristo y entregados a los elegidos como herencia eterna. Cristo es la cabeza de la creación como segundo Adán, cuyo lugar Él ocupó.

Por la resurrección de Cristo, el cielo y la tierra se hacen uno. La resurrección de Cristo tuvo lugar tanto en el cielo como en la tierra, unidos al mismo tiempo. Pues, aunque resucitó de una tumba en un jardín, no volvió a este mundo -como dijo una vez un ministro equivocado, que deseaba haber estado presente con una cámara para hacer una foto-, pues abrió una nueva puerta desde la tumba que se abrió en el cielo, para que todos sus hermanos le siguieran. Por el gran milagro de la resurrección, Él hizo posible la unión de los nuevos cielos y la nueva tierra liberados de la maldición.

La historia del mundo es la historia de Dios en Su providencia y gracia trabajando para alcanzar este propósito. Y este propósito se logra fundamentalmente a través de la predicación del Evangelio. *Prof. Hanko*